

una por su parte el primer golpe doloroso; ofrecieron escribirse y se dirigieron la última mirada.

La Chata, lo mismo que Calipso, no podía consolarse de la partida de Ulises; pero Amalia que se veía libre, recibía á cada paso las mas halagüeñas impresiones, y bien pronto entró en un mundo nuevo para ella, y en el que todos los objetos que la rodeaban tenían un encanto particular.

No es nuestro ánimo seguir paso á paso la juventud de Amalia, pues conviene al interes de nuestro relato guardar cierto misterio acerca de lo que á esta jóven le pasó en Oaxaca, de donde como sabe ya el lector, vino á México en el polvo de la revolucion, y en los brazos de Sanchez; de manera que volvemos á anudar el hilo de esta historia en el momento en que la Chata y Amalia despues de haberse dejado de ver algunos años han vuelto á ser las amigas de colegio.



CAPITULO IV.

EMPIEZAN Á PREPARARSE LAS BORRASCAS
DEL CORAZON, EN UNA DANZA.

LA Chata acabó de decir á Amalia cuanto al caso venia referente á Ricardo, el jóven por quien tanto se interesaba.

—Ya convendrás en que es necesario, decia Amalia, que le dé á ese jóven una cumplida satisfaccion, pues en ningun caso desearia yo pasar por una persona de mala sociedad.

—Es cierto, pero.....

—¿Otra vez peros?

—¡Que quieres! siempre he creído que Ricardo es un hombre peligroso.

—¿Y no sabes también que yo soy una mujer discreta, una persona prudente, una mujer de mundo?

—Todo eso está muy bueno, y no te niego tus prendas; pero esto va á complicarse.

—Sea lo que fuere, es indispensable que ese jóven venga.

—Supuesto que así lo quieres, sea; pero me lavo las manos; tuya será la responsabilidad.

—La acepto.

—Pues no pierdas tiempo; Sanchez no viene hoy á comer.

—¿No?

—Está de Tívoli con los diputados, y ya sabes que en casos semejantes.....

—Sí, ya sé; viene á la una de la noche, si acaso.

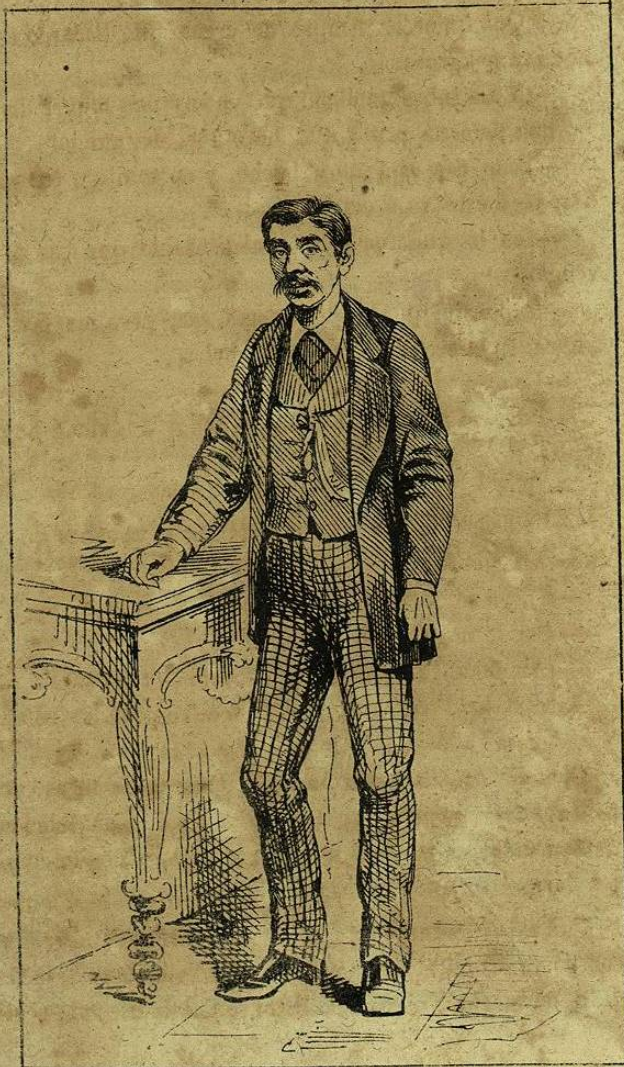
—Por lo mismo apresúrate.

—¡Amalia...! dijo todavía la Chata en tono suplicante. Amalia hizo uso de su mas expresivo gesto de enfado, y la Chata salió de la sala.

Cuando Amalia estuvo sola, se levantó de su asiento; se animó su semblante como al influjo de una felicidad desconocida; se paró frente á un espejo, y se contempló por largo tiempo.

Fué estudiando uno á uno, esos pequeños detalles, que son como los pétalos, los pistilos y los estambres de la flor de la hermosura; ni un solo fístol se habia descompuesto;

LAS JAMONAS.



SANCHEZ.

V. Mosca. del.

todo permanecía en su lugar y cumpliendo fielmente su misión; el cold-cream había refrescado el cutis en todo el transcurso de la noche, y las pequeñas huellas del tiempo, esas incisiones en forma de líneas que empiezan á dibujar al viejo, esas pérfidas sinuosidades que el de la guadaña hace como con las uñas en el rostro de la mas dura de las matronas, estaban robando á la grasa, á las preparaciones del tocador, las moléculas milagrosas que saben prestar una vida ficticia, galvánica á las epidérmis marchitas.

Los profusos rizos que sombreaban la frente de Amalia, no habían perdido el brillo grasoso; también aquellos cabellos muertos, sin sávia y sin calor, estaban prestando su servicio póstumo, volviéndose á agrupar en graciosas ondulaciones; solo que en vez de sentir en sus tubos correr sus jugos propios, y que ahora conservaban secos en su modificación, estaban también disfrazados de vivos, con una máscara de pomada de heliotropo, y cumpliendo con el deber de hacer soñar al hombre, de hacerlo sonreír, de atraerlo hácia la portadora de esos restos mortuorios.

El corsé, un magnífico corsé de madama Favre, había trazado, como con la varilla mágica de la estética, las líneas clásicas del seno turgente; y debajo de esa encantadora ondulacion, apuntalada con barbas de cetáceo, se dibujaba la curva entrante á espensas de la presión de las costillas falsas, y de una transformación anatómica interior, verdadera tiranía de la muger contra su propio orga-

nismo, culto tormento del refinamiento y de la inflexible ley de la escultura clásica.

Y no se crea que Amalia, en cuya conciencia podrian caer muy bien las anteriores apreciaciones, era la víctima resignada de sus tormentos, no; Amalia estaba triunfante, resolviendo satisfactoriamente el problema de las apariencias; Amalia, confundiendo lo que le pertenecía con lo que debía pertenecerle, se engañaba á sí misma con una facilidad de que solo es capaz una muger; estaba de acuerdo con sus propias correcciones y sin esfuerzo aceptaba aquella segunda naturaleza, merced al precioso recurso del refinamiento.

Amalia, atrapando con artificiosas redes á la juventud que huía, á la juventud que la habia abandonado ya, se engalanaba con los laureles de su triunfo; un *«todavía»* pendiente de sus labios pintados con carmin, la impulsaba á formar, aunque de las últimas, en las filas de la juventud loca que va corriendo tras de los placeres.

Dió un jiro en escorzo para ver en el espejo la parte que de su falda dejaba arrastrando; y recorriendo con la vista esa línea oblícua y ondulada que traza una muger desde la alfombra hasta la flor que se sembró en el *crepé* de su copete, Amalia se encontró irreprochable y se puso contenta de sí misma.

Despues, y como el general que se asegura una vez mas de las municiones de reserva, se levantó la falda para verse los piés.

Estos estaban calzados con unas preciosas botas de ca-

brilla abronzada, cerradas con pequeños botones de pasta y terminando en dos graciosas borlas que, suspendidas, jugueteaban á cada movimiento.

La estatura de Amalia era favorecida en cuatro centímetros, merced á los tacones sobre los cuales anda hoy la muger en este mundo puesta de puntillas para que la vean mejor.

Las flores de la categoría de Amalia, son verdaderas flores de salon, que viven en su invernáculo: nunca las busqueis en las haciendas ordinarias y groseras, nunca creais hallarlas de dia sino al través de un velito de punto ó bajo un sombrerito que les cubre la frente y les sombrea los ojos; nunca pretendais analizarlas á la luz del sol, porque son flores crepusculares y nocturnas.

Buscadlas de dia iluminadas por un rayo de luz, que se ha tomado la molestia de pasar un cristal, dos cortinas de musolina y un *«transparente»*; buscadlas donde haya gas hidrógeno y allí contempladlas á vuestro sabor; allí es donde os invitamos á comulgar con ruedas de molino; allí es donde desafiamos vuestra penetracion y vuestra impresionabilidad; allí es donde el enemigo está en su terreno y donde os provoca y os ve de frente, como los pintos en el Sur, como los serranos.

Allí es donde conoció Ricardo á Amalia: en un baile; mas todavía, bailando; mas aún, bailando una danza.....

La danza ha llegado á la categoría de salvoconducto, ya se le considere como transaccion ó como simple entretenimiento.

Bailando con Amalia fué cuando Ricardo experimentó el primer síntoma.

Hay un aroma de moda que se llama: *Ilang-Ilang*.

Este aspiró Ricardo.

Hay mas.

A Ricardo le pareció muy ligera Amalia.

Se lo dijo.

Amalia seguía bailando sobre las puntas de los piés, los cuales parecían dos pichones blancos que pisoteaban las flores de la alfombra.

Tenemos idea de que esto de los pichones, á propósito de los piés, lo ha dicho José María Ramirez.

No le hace: prohijamos la imágen y la acariciamos. Amalia bailaba perfectamente.

Ya hemos dicho en otra parte que en este mundo, armónico por excelencia, la música tiene un prestigio sobrenatural y presta importantísimos servicios al niño de la aljaba.

La vibración de los sonidos establece, no hay duda, relaciones misteriosas y de un género íntimo con las vibraciones nerviosas: ¡he aquí una armenía!

El termómetro del corazón no es tan sensible al calor como á la música: ¡armonía!

El amor estático se desarrolla como los árboles, á grandes periodos: muévasele como el boticario que emulsiona una droga; póngase en movimiento acompañado á un novio y resultará la ebullición.

Hay mas: trasladad á la muger del tocador al salón,

en donde hay un indiferente que.... que está allí; contad con que en la primera mirada va ese fluido magnético que se llama simpatía; entonces la muger y el hombre, despues de verse se miran, despues se observan y despues se estudian.

A este punto resuenan las notas subversivas de una danza: el hombre en virtud de una dulce transacción social muy aceptable, se atreve á pretender de la muger todo esto de buenas á primeras:

—Señora, voy á permitirme rodear la flexible y encantadora cintura de usted con mi brazo derecho; á tomar en mi mano izquierda, la manecita de usted; á colocarme tan estrechamente que pueda beber su aliento embalsamado, y percibir que clase de pastillas usa usted para aromatizar el aire que sale de sus pulmones; no será extraño que mis patillas, que como usted ve, las llevo peinadas á la Maximiliano, toquen la delicada epidermis de usted y le hagan cosquillas: en una palabra, el destino tiene la bondad de ponernos *vis á vis* en el primer momento de encontrarnos en este valle, que no tengo motivos para llamar de dolores, como algunos quejosos.

Todo esto traducido en idioma de salón, se dice así:

—¿Tiene usted la bondad de bailar conmigo esta danza?

Con esta traducción la cosa cambia completamente; y la señora se abandona bondadosamente en brazos del caballero.

Todo esto, ni mas ni menos, le sucedió á Amalia y á Ricardo.

Una vez colocado Ricardo en tan ventajosa posición,

en la posición que hemos procurado describir, le quedaba aun expedito el uso de la palabra; esa preciosa prerrogativa del hombre, y no así como quiera, no la palabra parlamentaria, ni la palabra comun y corriente; sino las *palabritas*, que entre todas las que dice el hombre, son las que mejor le salen.

¡He aquí un momento indemnizador! ¡he aquí el oasis de las palabras—prosa, de las muchas palabras—paja, de las palabras—desierto! ¡he aquí la enhorabuena de haber venido al mundo!

¡Oh bienhadado predicamento! ¡oh dicha! ¡oh expansion! Todo se da de barato en el tal valle de lágrimas, con tal de llegar á esto:

¡A decir *palabritas*!

Ricardo estaba en esta envidiable posición.

Cerca, muy cerca de la orejita de Amalia, estaba la boca de Ricardo.

Los nervios de la lengua de éste, estaban experimentando una inquietud desesperante, ¿cómo no hablar y cómo hablar en tal situación otra cosa que *palabritas*?

—¡Que bien baila usted! dijo Ricardo.

—No señor.....

—¡Divinamente! Es usted ligerísima.

De vez en cuando y de una manera fugaz, se mezclaban á los acentos de la danza algunas palabras que no contentas con recrear el oído de Amalia, se pasaban á lo largo exponiéndose á que las atrapara algun concurrente. Estas palabras en su carácter de *palabritas*, no dejaban

lugar á duda, una vez que casi todas las que pudimos oír eran adjetivos sustantivados, como por ejemplo:

¡Divinal! ¡linda! ¡encantadora!

En el capítulo siguiente, veremos el estrago de estas *palabritas*.